

Blanca Calvo

Directora de la BPE de Guadalajara

Patrias

Actividad bibliotecaria nocturna para niños en pijama

Puede que fuera Baudelaire el primero en decir que la infancia es la auténtica patria, pero ese sentimiento, expresado después por bastantes más escritores con iguales o parecidas palabras, es compartido por otros muchos hombres y mujeres normales y corrientes. ¿Por qué tanta gente siente su infancia como su verdadera patria? Seguramente porque es la tierra fantástica donde todo es posible: animales que hablan, tesoros enterrados, ratones que se deslizan bajo la almohada de noche para dejar regalos donde antes había dientes, dulces que salen de las orejas, narices que se desprenden de la cara con un ligero toque de la mano de un adulto, magos que una vez al año llegan en camello para dejar cosas estupendas en los zapatos... Afortunados los niños que

viven rodeados de tales maravillas, porque cuanto más rico sea el universo fantástico de un niño, más posibilidades tiene él de ser feliz, y no sólo en los largos años de la infancia.

No sé cuál es el orden canónico de los derechos del niño pero, tras el de comer, creo que debería estar el de alimentar su fantasía. Los adultos tenemos esas dos obligaciones nutritivas para con los niños que nos rodean, y las instituciones también deben asumir, en la medida que puedan, esa responsabilidad.

Las bibliotecas son instituciones muy bien equipadas para alimentar el universo imaginario de los niños. Vistas con ojos infantiles son lugares especiales, tan llenas de libros y de rincones desconocidos, tan misteriosas. A nada que la biblioteca acentúe



Y cuando están posando en el vestíbulo, en perfecto silencio... se empieza a oír una dulce canción que sale del piso más alto de la biblioteca

“La propuesta que hizo la Biblioteca de Guadalajara a los niños consistía en pasar una noche, con sacos de dormir y aislantes, pijamas y linternas, cepillos de dientes y un adulto acompañante, en una tierra incógnita que ‘nadie’ había visto nunca durante toda una noche”

ese misterio, un simple recorrido por ella se puede convertir en un viaje fantástico y eso, un fantástico viaje, es lo que intentó organizar la Biblioteca de Guadalajara para celebrar el último Día de la Biblioteca, o mejor la Noche de la Biblioteca, pues la propuesta que hizo a los niños consistía precisamente en pasar una noche, con sacos de dormir y aislantes, pijamas y linternas, cepillos de dientes y un adulto acompañante, en una tierra incógnita que “nadie” había visto nunca durante toda una noche. Se trataba de comprobar si era cierto eso que siempre había dicho Rotundifolia, la bruja cuentacuentos que vive en nuestra biblioteca: que por la noche los personajes salen de los libros y mantienen largas conversaciones. Y sí, Rotundifolia dice la verdad, unas cien personas fuimos testigos de ello. Las cosas ocurrieron así: a las nueve de la tarde comienzan a llegar los niños. Son cuarenta y cuatro, y todos van acompañados de un adulto (en algún caso de dos: estaba permitido). En la entrada de la biblioteca hay una persona que les va dando la bienvenida, les hace una foto, les prende en la camiseta una credencial con su nombre y les invita a entrar en la sección infantil. Allí hay música de ambiente y alguien lee en alto poemas y cuentos cortos. Los niños expresan su deseo de colaborar en esa lectura, y los textos suenan más bonitos con sus balbuceos.

Una vez que han llegado todos, se les cuenta en qué va a consistir la noche: cena, sueño, desayuno, pequeña reflexión final por escrito –o dibujada– para hacer en los días posteriores un mural con sus experiencias, recogida y ordenación de los espacios utilizados y despedida. Eso, les decimos, es lo programado; pero no sabemos lo que puede pasar porque nunca hemos pasado una noche en la biblioteca. Además esta noche es muy especial porque, con el cambio de la hora, dura más que las normales.

Una vez escuchada la explicación, y contestadas las preguntas que surgen, los niños y sus adultos se dirigen a la entrada para esperar las pizzas de la cena, aplauden el cierre de la gran puerta de la biblioteca y suben a la sala de estudio a cenar. El menú es de su gusto: además de las pizzas, fruta, natillas de chocolate y un vaso caliente de leche con galletas. Al acabar se recogen los restos en bolsas de basura; todos colaboran. A continuación viene el lavado de dientes y el pijama.



Es así, casi a oscuras, como encontramos a la dueña de la voz, Dorothy, que acaba de salir de un libro: *El mago de Oz*

Quien no haya visto nunca cuarenta y cuatro niños juntos en pijama correteando por una biblioteca no sabe lo que se pierde. Es un espectáculo digno de inmortalizarse; por eso invitamos a los nuestros a concentrarse en el vestíbulo para sacar una foto de grupo y, cuando están posando en el vestíbulo, en perfecto silencio... se empieza a oír una dulce canción que sale del piso más alto de la biblioteca. Subimos despacito, escuchando, alumbrados por las linternas porque las lámparas, encendidas hasta hace un momento, han dejado de lucir. Y es así, casi a oscuras, como encontramos a la dueña de la voz, Dorothy, que acaba de salir de un libro: *El mago de Oz*. Los niños inician una animada conversación con ella: ¿qué tal está el Mago?, ¿cómo se sale de un cuento?, ¿cómo se puede volver a entrar?, ¿me puedes llevar contigo?

Dorothy contesta, canta de nuevo su canción y se despide, porque tiene que seguir su sendero de las amarillas. Los demás salimos también, hacia la cama, y de pronto nos topamos con Enciclo y Pedia, dos locos escritores que han inventado una divertida fórmula de contar con mímica la historia del cine. Y nos la cuentan. Los niños ríen a mandíbula batiente; los adultos también.

Cuando desaparecen los escritores escuchamos un ruido terrible. Es El Pirata, que está dando voces. Lo seguimos orien-



Rotundifolia se despereza y nos cuenta cuentos de lunas y de camas, cuentos a oscuras que invitan a acurrucarse en el saco

tados por sus gritos, que nos van conduciendo al depósito. Allí, entre compactus que a la luz de las linternas parecen quillas de barco, El Pirata corre tras los niños y monta en las estanterías blandiendo una enorme espada. Pero nos damos cuenta de que no es tan fiero como parecía cuando nos invita a entrar en la Ballena que se tragó a Pinocho y empieza a contar cuentos del mar.

Al salir de la Ballena nos está esperando Mark Twain, el autor de *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*, que no está solo: sus personajes lo acompañan. Y, jugando a ser actores de teatro, nos narran lo más importante de su historia.

A todo esto son casi las dos de la mañana, y Rotundifolia sin aparecer. Los niños, que la esperan con ilusión desde la cena, casi se resignan a no verla esta noche. Pero cuando están a punto de encamarse ella aparece, profundamente dormida, debajo del piano. La despertamos suavemente, no vaya a ser que se asuste y salga corriendo, y la dulzura tiene recompensa: Rotundifolia se despereza y nos cuenta cuentos de lunas y de camas, cuentos a oscuras que invitan a acurrucarse en el saco. Antes de marcharse a buscar otro lugar secreto para dormir, una vez que hemos descubierto el que había escogido esta noche, regala a los niños un muñequito quitapenas que ha encontrado en un país llamado Guatemala, para que les dé felices sueños.

Cinco horas más tarde vuelve el revuelo al dormitorio improvisado: los niños se levantan. Volvemos a la puerta de la biblioteca, que sigue cerrada, para esperar el desayuno, un rico chocolate con churros

que llega calentito de la chocolatería. Mientras lo tomamos, algún niño pregunta por Dorothy, ¿habrá llegado ya a su casa?

Camino de la suya salen los niños resplandecientes a eso de las diez de la mañana. En unas pequeñas hojas de papel nos han dejado sus impresiones de la noche, en todos los casos positivas. Muchos llevan, además de los trastos que trajeron, alguna bolsa de basura para tirarla en los contenedores de su barrio. Su biblioteca, cuando marchan, queda limpia y ordenada.

En los días siguientes recibimos el reflejo de las experiencias vividas por los niños y sus padres. Nuestra pequeña ciudad habla de lo bien que lo han pasado todos, cada uno a su manera. Los más pequeños, de seis y siete años, han entrado de cabeza en la fantasía y han convivido realmente con los personajes. Los mayores, de nueve y diez años, han observado el panorama desde fuera, pero también han disfrutado. Y los padres y las madres están muy contentos porque, gracias a sus hijos, han podido vivir una experiencia que no se les ofreció cuando tenían pocos años.

Para nosotros ha sido una experiencia inolvidable. Habrá siguiente vez, sin duda. Dentro de seis meses, la biblioteca invitará a pasar una noche a los adultos, pero los niños, quizá dentro de un año, quizá antes, volverán a tener la oportunidad de ver las cosas extraordinarias que pasan cuando las luces se apagan y los personajes se creen solos. Otros cuarenta y tantos niños, con sus cuarenta y tantos adultos, volverán a pasear en pijama entre los estantes. Y ya le damos vuelta a la fórmula para seleccionar a los participantes porque si esta vez, cuando nadie sabía qué sorpresas podía depararle la noche, hubo una larga lista de espera imposible de atender, la próxima convocatoria puede colapsar los teléfonos de la biblioteca.

El último párrafo es para dar las gracias. A los niños, capaces de ver la magia de las cosas. A los padres que se dejan arrastrar a la infancia durante una noche. A los voluntarios –Pedro Coello, José López, Gloria Márquez, Luis Moro e Isabel Puebla–, con cuya ayuda tres trabajadoras de la biblioteca –Blanca Calvo, Maripaz Guijarro y Edu Martín– pudimos atender a todos los invitados como se merecían. Y a Tania Castellano, Jano y Fernando Álvarez, Luis Orna, Juan de Lucas, Juan Monedero y Estrella Ortiz, los personajes, por contribuir a que cuarenta y cuatro niños, y sus cuarenta y cuatro acompañantes adultos, hayan encontrado, y no sólo por una noche, un rincón de su verdadera patria en la biblioteca. ◀